

UN VASCO QUE HONRA A SU PAIS

Por MIGUEL PELAY OROZCO

A decir verdad, no creo haber sido nunca un misoneísta, ni un retrógrado, ni siquiera un nostálgico del pasado. Eso sí: soy de los que piensan, con Baroja, que no todo lo viejo, por ser viejo, ha de ser malo. Y que no todo lo nuevo, por el hecho de serlo, va a ser bueno. Sentado este enunciado de signo ponderado y conciliador, uno se atreve a señalar que la sociedad actual, con sus urgencias, sus turbulencias y sus burdos pragmatismos, además de apartarse por completo de la lectura —pecado por el que se pagará en el futuro un alto precio—, está olvidando una antigua práctica que siempre me ha parecido saludable y fecunda. Me refiero a eso que Lin Yutang llamaba, y no por un recurso literario más o menos circunstancial, sino de un modo muy deliberado, muy meditado y muy bien razonado, «el arte de la conversación».

En un libro que tengo escrito acerca de la pelota vasca incluyo una interviú que hice al famoso pelotari Jesús Abrego. El Mago de Arróniz, que debutó como profesional a los catorce años, explica cómo se aficionó a leer. «Yo he sido siempre bastante solitario —me confesaba— y más que andar en grupo con los compañeros, desde jovencito tuve interés en leer y en adquirir conocimientos. Por entonces ya había empezado a comprar libros que en seguida me los devoraba. Mi afición y mi curiosidad eran tales que solía ir, con Ostolaza, que estaba en mi misma pensión, al café Lyon, donde había una tertulia de gente importante, artistas, escritores, médicos, etcétera, presidida por Valle-Inclán. Yo me las ingeniaba para ponerme siempre en una mesa cercana al grupo, a fin de poder escuchar lo que allí se decía»...

Evidentemente, este tipo de afición a la lectura y de avidez de información y de conocimientos, no se da con mucha frecuencia entre los jóvenes de hoy. Al menos en nuestro país uno tiene la im-

presión de que se lee menos que nunca. Y lo mismo cabe decir respecto al interés por la conversación. Ya no se conversa, se discute. Y ello se refleja en las polémicas que aparecen publicadas en las páginas de nuestros periódicos y revistas. A las primeras de cambio surgen la estridencia y el insulto.

Y sin embargo, hay personas, muchas personas, en nuestra tierra vasca, a las que uno ha solido escuchar con verdadero placer. Gente que sabía impartir atractivo a los temas. Gente que sabía hablar y sabía escuchar. Sin remontarnos a mis tiempos de Caracas, donde conocí a vascos que tenían muchas cosas interesantes que decir y que las decían; ni a las abundantes horas de conversación sostenidas *tête-à-tête* con don Pío Baroja, en mis visitas recién llegado de América, a su casa madrileña de la calle Ruiz de Alarcón; ni a otros contactos importantes de ayer y de hoy, uno evoca con agrado la famosa tertulia que en torno a Fausto Arocena y a José de Arteche se reunía hace ya muchos años en la Biblioteca de la Diputación de Guipúzcoa (tras cerrarse la sala al público, naturalmente) y a la que acudían con mayor o menor asiduidad personajes relevantes y de muy diverso pelaje, entre los que figuraban Dionisio de Azkue, el doctor Bergareche, Isidoro Fagoaga, Gregorio Altube, Antonio Valverde (Ayalde), Almorza, Agud, Berruezo, el entonces muy joven Javier Aramburu y otros. De vez en cuando aparecían también por allí gentes que residían fuera de San Sebastián, como don Manuel Lecuona, Jorge Oteiza, Antonio Labayen, Iñaki Zumalde, Juan San Martín, el navarro José María Iribarren, etcétera. Se trataba, pues, de una tertulia un tanto *sui generis*, que funcionaba de una manera muy irregular y muy poco ortodoxa, pero que siempre ofrecía algún aliciente, en parte, por el tipo de debates que allí tenían lugar (cuyos temas resultaban delictivos fuera de aquel albergue cultural), y en parte también, por los tipos que participaban en los pugilatos ideológicos, artísticos o literarios. Recuerdo entre las figuras prominentes de aquel singular areópago, a Bergareche y Altube, que eran hombres de cultura, grandes lectores y grandes conversadores; a «Dunixi», pintor y escritor, a quien daba gusto airle contar sus recuerdos de la vieja Donostiya; a don Manuel Lecuona, en quien se daba, y se sigue dando, un encantador *mélange* de amenidad, de sabiduría y de humildad; a Valverde y Fagoaga, que desde sus respectivos predios artísticos

emitían sus puntos de vista con suma delicadeza, como procurando no ofender a nadie; Fagoaga disponía, además, de un pintoresco anecdotario personal forjado en sus tiempos de tenor de fama mundial; a Iribarren, que era muy gracioso y solía contar sucedidos divertidos de la Ribera navarra, acompañándose de un nutrido repertorio de tacos... Pero el que destacaba en aquella abigarrada fauna de escritores, intelectuales y artistas, era, sin duda, Oteiza. Su palabra exaltada y sus conceptos inesperados, originales y llenos de interés, nos fascinaban a todos. Y todos estábamos deseando que apareciera por la tertulia, a la que solía venir desde Irún, caballero en su flamante lambretta eibarresa.

Por entonces, y quizá en aquella misma tertulia, conocí a José Ignacio Tellechea Idígoras, que era sobrino de Arteché.

* * *

No voy a ocuparme aquí de los muchos títulos y reconocimientos tanto nacionales como extranjeros, que viene mereciendo la relevante personalidad de Ignacio Tellechea Idígoras. Tampoco es cosa de comentar sus extraordinarias revelaciones a propósito del Arzobispo Carranza y del Padre Larramendi. Tellechea Idígoras, conferenciante de nota, investigador acucioso del pasado, dotado de un increíble «olfato» pesquisador —yo le suelo llamar el Sherlock Holmes de nuestros historiadores— es, ¡por si fuera poco!, un gran escritor. El prólogo que escribió para mi libro *Música sembrada* —me importa aclarar que el título del libro lo tomé del de su propio prólogo—, es una pieza literaria de alto coturno y constituye la mejor refrendación respecto de esa destreza en el manejo del idioma que yo le asigno. Pero, a decir verdad, no es a estos aspectos suyos a los que quiero referirme aquí. Lo que quisiera poner de relieve es su vertiente humanista y su vocación formativa. Porque yo he hablado mucho con nuestro amigo y puedo asegurar que si como investigador y hombre de tribuna ha alcanzado gran notoriedad (hasta el punto de ser bien conocido en ambientes intelectuales de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, etcétera), como conversador resulta de un valor inapreciable, pues, incluso sin proponérselo y al margen de las disciplinas en que se ha especializado, ejerce

siempre un elevado magisterio de insospechadas sabidurías estéticas, culturales y metafísicas.

* * *

Aludía antes, con alguna nostalgia, a la desaparición de las viejas tertulias. De aquellos pequeños ateneos desparramados a lo largo y ancho de nuestra geografía —y de otras geografías más o menos próximas a la nuestra—, en los que se debatían temas filosóficos, religiosos, políticos, artísticos, sociológicos, etcétera, y que de un modo u otro contribuían a aumentar el nivel cultural de las gentes. Pues bien: el profesor Tellechea, que es hombre ocupadísimo —de esos para los que el día tiene más horas de las veinticuatro universales—, y que el escaso tiempo que le queda libre lo ha dedicado siempre a sus afanes históricos, literarios y didácticos, en mi opinión hubiera sido un óptimo *chairman* para una tertulia de altos vuelos. De aquí y de fuera de aquí. Reúne muchas y muy infrecuentes condiciones para ello. Empieza por ser hombre en quien su innata y exquisita cortesía se amalgama con una vasta cultura y con una gran amenidad, requisitos que resultan importantes para el desempeño de esa singular especie de prepositura. Pero es que, además, Tellechea tiene siempre cosas intresantes que contar y sabe contarlas de una manera sugestiva y atractiva. Otra propiedad que posee es la de promover temas de conversación amenos y profundos a la vez. Se interesa por los puntos de vista de cuantos le rodean y conoce como nadie el arte de preguntar... y el de escuchar. Por último, respeta las opiniones ajenas, por mucho que difieran de la suya propia...

Pero no termina aquí la cosa, porque otras dos cualidades que uno consideraría opuestas y hasta irreconciliables, y que concurren en el profesor de Ituren, son su exaltación y su serenidad. Conca-tenadas, además, de tal manera que sorprende, a veces, el ardor con que se expresa acerca de temas aparentemente triviales o, cuando menos, intrascendentes pero que por alguna razón le han interesado, como sorprende la serenidad con que acoge y afronta mil situaciones que a muchos de nosotros nos resultarían irritantes e intolerables.

* * *

Cada obra emprendida por Tellechea le absorbe y le apasiona por completo. Actualmente está entregado a un trabajo de carácter autobiográfico, alguno de cuyos primeros capítulos me lo leyó recientemente. Creo que va a ser un libro extraordinario y hasta diría que de *higiene moral pública*. Sucede que, entre otras cosas, nos relata minuciosamente el proceso de su grave, de su gravísima enfermedad, vista desde su cama. Es decir, desde su óptica de enfermo consciente de su gravedad y que observa las actitudes y los comportamientos de las gentes que se mueven en torno a su lecho de enfermo. Naturalmente, desfilan médicos, enfermeras, familiares, amigos, etcétera.

Recuerdo que durante su enfermedad fui a visitarle una tarde, acompañado de su bondadosa hermana María Angeles. Era un momento —después volvería a agravarse— en el que se encontraba algo mejor y podía ya visitársele, en una galería de la UVI desde la que se domina una vista preciosa de nuestra ciudad. Recuerdo también que sobre nuestros propios calzados hubimos de colocarnos una especie de zapatones antisépticos. Nuestro admirado Ignacio se hallaba sentado, de frente al espléndido panorama, con un complicado retículo de colgajos y tubitos pendiéndole de la nariz, de los brazos y yo diría que de todo el cuerpo. Habló aquella tarde con una voz débil, casi inaudible, pero sin cesar, durante la hora o el par de horas que permanecimos con él. El tema era su San Ignacio. Su última y más querida obra. El libro que le encargara una famosa editorial francesa y que, a mitad de su ejecución había tenido que abandonarlo, a causa de su enfermedad. O mejor, de la cadena de enfermedades que subsiguieron al achuchón inicial, ya de suyo muy grave.

—No hables más —le dije yo varias veces, observando su estado de debilidad—. Te vas a cansar...

—Déjame que me canse un poco —me contestó (y concluyó con mis insistentes peticiones)— porque de lo que estoy cansado es de descansar...

* * *

Posteriormente vendría una recaída. Y un agravamiento. Y otro. Y luego, otro. Y más tarde, la famosa «cándida» —uno nunca hubiera sospechado que existía una enfermedad que llevara semejante nombre—. Pero nuestro bravo Ignacio, con el apoyo de mil oraciones amigas, lo fue superando todo. Claro que después le tocaría afrontar el largo y peliagudo proceso de la recuperación. Pero ya las cosas marchaban mejor y a cada visita que se le hacía una vez instalado en su domicilio donostiarra, se observaba que su voz iba adquiriendo más consistencia y el color de su rostro más vida. La última fase de su recuperación se centraba en las piernas, que carecían por completo de fuerza. Ni qué decir tiene que hubo que apelar al bastón. Al principio caminaba lentamente, deteniéndose muchas veces en la calle, pero poco a poco fue recobrando el ya casi olvidado vigor de sus extremidades. Transcurrieron las semanas y los meses...

Ya hace mucho tiempo que abandonó el bastón. Ya hace mucho tiempo que terminó su San Ignacio. Ya hace mucho tiempo que reanudó sus clases. Ya hace mucho tiempo que reasumió todas sus antiguas obligaciones. Ya hace mucho tiempo que volvió a entregarse a sus viejos libros y a sus polvorientos legajos...

* * *

Días pasados me tropecé con Ignacio en la calle. Llevaba bajo el brazo las pruebas, listas ya para su publicación, de una obra inédita del recientemente fallecido historiador tolosarra don Sebastián Insausti, relacionada con nuestra foralidad.

Estaba entusiasmado y su mirada brillaba de animación. Volvía a ser el Tellechea de siempre, el hombre que contagia a los demás su optimismo y, a veces también, sus preocupaciones. Según iba ponderando el trabajo de Insausti, yo pensaba en la fortuna que hemos tenido en este país al recuperar a uno de nuestros más importantes valores intelectuales, especialmente en un momento como el que atravesamos, ciertamente crítico en el ámbito de la cultura.

Charlamos unos minutos. Al cabo, le vi alejarse rápidamente, con aquel paso suyo de los viejos tiempos...